

luntarista canalizada por la moda y la ideología². Un análisis gnoseológico de mayor calado, al cual aquí tan solo se ha podido aludir, apunta a que no existe ninguna razón plausible para que la reflexión filosófica y las humanidades en su conjunto deban siquiera atender a las pseudoexplicaciones de la denominada neurociencia cuando ésta desborda las relaciones entre los términos neurofisiológicos de su categoría científica de referencia.

Francisco J. Robles y Vicente Caballero

E. GARCÍA HERNÁN, *Ignacio de Loyola*, F. Juan March, Taurus, Madrid, 2013.

La serie *Espanoles eminentes*, publicada por la editorial *Taurus* conjuntamente con la Fundación Juan March, de la cual ya habían sido previamente publicados dos tomos, dedicados, respectivamente, a Pío Baroja –escrita por J. C. Mainer– y a Miguel de Unamuno –de J. Juaristi–, nos ofrece ahora una nueva biografía de un personaje acerca del cual resulta tan difícil como imperioso escribirla, a saber, Ignacio (o Íñigo) de Loyola, a cargo de Enrique García Hernán. Este libro aparece, además, coincidiendo con el momento en el cual comienza su pontificado el primer Papa perteneciente a la Compañía. Sus nueve capítulos recorren, con una articulación más o menos cronológica –ya que no son pocos los cruces de personajes y problemas que se extienden bastante más allá de lo directamente tratado–, la vida de Ignacio de Loyola, terminando con un breve texto que enmarca al personaje dentro de esta colección, justificando su posición como *eminente*: El vasco de Loyola; Entre lo medieval y lo moderno; Nueva vida *alumbrada*; Dos peregrinos, el de Tierra Santa y el de España; En la Universidad de París, influjos culturales; Retorno a España y actividad en Italia; Confirmación de la Compañía de Jesús; Los hombres y las mujeres de Ignacio; Éxitos y fracasos.

E. García Hernán, investigador del Instituto de Historia del CSIC, miembro de la Real Academia de la Historia y de la Academia Ambrosiana de Milán, se ha ocupado ya de diversos personajes de la época tratada en este libro y ha redactado numerosas biografías, entre las cuales cabría destacar, por la cercanía al presente, las dos obras dedicadas al Tercer General de la Compañía, Francisco de Borja, cuya aparición en las páginas que nos ocupan es ya de gran importancia y que acercan a muchas de las cuestiones más relevantes

2 Alva Noë, *Out of our heads. Why you are not your brain, and other lessons, from the biology of consciousness*, Hill and Wang, 2010. Marino Pérez Álvarez, *El mito del cerebro creador*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.

para ir comprendiendo a San Ignacio (y a buena parte de sus éxitos, también a nivel familiar): *Francisco de Borja, Grande de España* (en Alfons el Magnánim, 1999) y *La acción diplomática de Francisco de Borja al servicio del Pontificado (1571–1572)* (en Valencia, Conselleria de Cultura, 2000). Otras obras recientes, cercanas a la aquí tratada, son *Consejero de ambos mundos. Vida y obra de Juan de Solórzano Pereira (1575–1655)*, en 2007, y *Ireland and Spain in the Reign of Philip II*, en 2009.

En el último apartado del libro, dedicado de manera amplia y bastante comentada a la bibliografía utilizada, en el cual incluye el autor un recorrido por el devenir de las biografías sobre el santo y el hombre, así como por los diversos juicios sobre el mismo, que se han ido desarrollando desde las primeras génesis de las mismas aún en vida de Ignacio de Loyola, se enuncia, para comenzar, un diagnóstico que da, en buena medida, sentido a la labor realizada: se sigue tratando, con frecuencia – en el desarrollo se indican algunos casos recientes bastante más matizados–, del Ignacio alejado de cualquier tipo de herejía, “fiel servidor al rey y a Dios”, en cierto modo, del anti-Lutero y paladín de la Reforma. “La reciente bibliografía al respecto, a falta de una biografía rigurosamente científica apoyada también en fuentes no jesuíticas, ha seguido influenciada por las viejas apreciaciones de los primeros biógrafos, pues todos siguen sus opiniones de testigos privilegiados del momento que vivieron junto a Ignacio” (p. 453). Ahí, dentro de las enormes deficiencias a nivel documental de los primeros lustros y a través del marasmo de correspondencia y referencias que se acumulan a partir de los años cuarenta, es donde cabe enmarcar, en buena medida, el sentido de este trabajo de García Hernán.

La génesis de una imagen nueva de su vida, “imponiendo un Ignacio *canónico*, sin fisuras, oficial”, dejando de lado otras vías posibles que se habían presentado, eliminando cualquier tipo de posible sospecha respecto a su ortodoxia o a las relaciones con el papado es, ante todo, una de aquellas cosas que deben explicarse dentro de la biografía para entender mejor la actuación del propio personaje, que no podría entenderse sin estas acciones, llevadas a cabo, como se indica en el libro, especialmente por Polanco (pp. 383-285), pero en las cuales resultan fundamentales muchos otros; lo mismo ocurriría, a su manera, con las diversas “leyendas negras” que habrían ido forjándose en torno a él, sobre todo entre los reformados. Todo ello es parte de lo biografado, parte de lo que debe tratarse para entender al hombre Ignacio de Loyola y a sus acciones –incluyendo las que llevarían hacia la santidad–, pero el trabajo no se ha llevado a cabo siguiendo esas ideas según las cuales, utilizando el según Sánchez Ferlosio más tenebroso refrán de la tradición española, “el potro que ha de ir a la guerra, ni lo come el lobo ni lo aborta la yegua”, sino como uno de los aspectos y de los giros que toman los acontecimientos en un momento dado, sin que en ningún caso pueda empañar lo anterior, mostrando

en la medida de lo posible esas otras vías y esas fisuras y haciéndose cargo, también, de la génesis e imposición de ese caballo guerrero. Es en su lucha frenética con las cosas y aun con su carácter, parafraseando a Ortega, donde se nos van mostrando las historias, y lo que de ellas podemos reconstruir, de Ignacio (o Íñigo) de Loyola.

El autor tiene especial interés en remarcar el carácter que él entiende como de “mediador” de Ignacio y esto tal vez lleve a algunos excesos, como el que a mi juicio podríamos ver en el párrafo siguiente, perteneciente al epílogo: “Gracias a su experiencia vital, supo poner una vía media en el combate dialéctico entre los dos extremos que se daban en todos los ámbitos, teológico (gracia-libertad), dogmático (ciencia-Biblia), político (rey-comunidad), antropológico (alma-cuerpo), espiritual (contemplación-acción) [...]. Lo suyo era, en cierto modo, como seguir siendo alumbrado y erasmista, a la vez que romano y jerárquico” (p. 448). El “mediador que confía con la misma fuerza en Dios y en el hombre” (p. 451), quien es “mediador con respecto a Dios” (p. 446), quien tiene ese concepto como el fundamental, no deja de introducirse en un problema teológico fundamental al hacerlo –sobre todo, cuando nada se dice al respecto–. No se trata de un mero hacer notar las peculiaridades de las combinaciones y conjugaciones de elementos aparentemente contradictorios de Ignacio –frente, por ejemplo, a opciones que tiendan a caracterizarse por la “sola ...”, sea gracia, escritura, etc.–, algunas de sus sustituciones de la disyunción por la conjunción arrojando todas las dificultades –en la tensa relación con la Inquisición, con el Papado, en diferentes momentos, con Carlos V (recuérdese, a modo de ejemplo, la acusación de su excesiva cercanía al emperador por parte de Pablo IV [ver p. 437])–, sino de introducir un concepto que estaría demasiado cargado, a saber, el de “mediador”, partiendo de la Primera Carta a Timoteo, 2, 5 (“porque solo hay un Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”), pasando por el capítulo XV del libro IX de *La Ciudad de Dios* (De Mediatore Dei et hominum, homine Christo Iesu) y llegando, por aportar un ejemplo cercano a lo tratado en el libro y muy admirado por algunos de sus personajes –por el cardenal Cisneros pero, muy especialmente, por la Beata María de Santo Domingo–, al comentario al salmo *Miserere mei, Deus* de Savonarola, donde se apela al pasaje bíblico citado –por cierto, tras recordar y realzar la salvación de los justos “sed nomini tuo da gloriam super misericordia tua et veritate tua” (Sal. 114, 1)–. Hablar de *mediador* es sugerente en la vía, remarcada por García Hernán, como no podía ser de otra manera, de la imitación de Cristo tan relevante para San Ignacio, y podría serlo en otras no tan directamente referidas a Cristo, pero no deja de resultar problemático sin introducir mayores matizaciones; por otro lado, el concepto no deja de simplificar, según me parece, bastante unas relaciones y unas situaciones lo suficientemente complicadas como para

no poder ser medianamente bien recogidas en este concepto o, seguramente, en cualquier otro, sobre todo, si nos atenemos a las enumeradas en el pasaje citado de la p. 451.

Junto a ello, encontramos tratados sin gran detenimiento algunos aspectos más íntimamente relacionados con sus concepciones teológicas, sea en lo relativo a sus peculiares ideas sobre las relaciones entre la Escritura y las *visiones*, surgidas tempranamente, recordadas a Laínez y a Polanco, y recogidas en la Autobiografía (ver p. 129), muy íntimamente relacionadas con sus relaciones con los llamados *alumbrados* y con las beatas (en especial con la Beata de Ávila y su *ciencia infusa*), con las necesidades (o no) de estudios, con cuestiones fundamentales en esos momentos de reforma, etc., sea en las relaciones que puedan darse entre esto, el recogimiento, la elaboración de los *Ejercicios*, y esa difícil situación de escrúpulos continuos que se pintan en la página anterior a la citada, “que le hundieron en la desesperación, con gravísimas tentaciones de suicidio. No sabía cómo vencer los monstruos que atenzaban su corazón y le iban introduciendo en un mundo tenebroso”. Asimismo, las cuestiones relativas al cuarto voto, las posiciones en torno al conciliarismo, etc., así como las relaciones que sí que se darían con los luteranos –más allá del supuesto carácter de Anti-Lutero que se habría ido fraguando durante sus últimos años y después– y los procesos inquisitoriales, podrían haber merecido una mayor atención, especialmente a nivel doctrinal, que nos ayudara a ir comprendiendo mejor algunas de las decisiones tomadas por Ignacio y parte de las situaciones en las que se va viendo envuelto. Así ocurriría, por ejemplo, según me parece, con las relaciones guardadas con los *Spirituali*, que ocupan, como no podría ser de otra manera, una buena parte de la obra. No deja, en cualquier caso, de reclamarse un estudio que trate más extensamente de Ignacio y el Concilio de Trento, tal y como lo reclama, también, de ese personaje que, si bien parecía preferir estar en la sombra, resultaría fundamental para la Compañía, para Ignacio y para el porvenir de su imagen, a saber, Polanco (ver p. 382).

Lo fundamental en este libro, no sería tanto ese concepto de *mediador*, sino las historias que se nos van relatando con todo lujo de detalles a lo largo de sus páginas, las imbricaciones de las actuaciones de Ignacio, de su vida con y entre las cosas y los personajes, que, con toda su riqueza, aparecen, a veces, con una velocidad frenética –casi como si de algunas de las novelas de Baroja se tratara– que nos pinta a Íñigo (y, en su momento, a Ignacio) en medio de algunos de los conflictos más importantes del momento, en la vorágine de problemas, enfrentamientos y personajes con posiciones cambiantes y frecuentemente extremadas. Así ocurre, según me parece, cuando, sin tener tampoco una gran cantidad de documentos directos, se nos relatan los primeros años y la posición de la familia dentro de su región, en el bando oñacino y

en su defensa, por diversas vías, del solar, lejos del tópico del niño huérfano, solo, etc. Esto incluye un primer acercamiento a un tipo de negociaciones que serán importantes pero, sobre todo, nos muestra cómo el personaje crece dentro de un círculo familiar y de alianzas fuerte, que incluye una participación ineludible, por la vía de los oñacinos y del duque de Nájera, en algunos de los problemas más relevantes de la España y de la Europa del momento, situándonos ya en las luchas por y en Navarra, que no sólo introducen la cuestión del enfrentamiento con los franceses y las divisiones en el interior de la región, sino, muy especialmente, su cruce con la lucha contra los comuneros y el primer planteamiento del proyecto imperial carolino. Tratando de ver cuál podría ser la influencia de Nebrija en un joven Íñigo de 21 años, las pp. 50 y 51 pueden ofrecer un ejemplo de cómo se va presentando la forja de algunos de sus proyectos e ideas más relevantes con y entre materiales que cuentan entre los que más han marcado esa época:

La popularidad de las conquistas iba acompañada por un deseo religioso de liberación, en cierto modo escatológico. [...] Debemos tener presente también que, en las Cortes de Madrid de 1510, donde estaba presente Íñigo, Fernando propuso la conquista de Jerusalén y recuperar la Santa Casa. [...] Durante las Cortes de Valladolid de 1513 se hizo un simulacro de cruzada [...]. el célebre Mercurio Gattinara hizo voto de peregrinar a Jerusalén. [...] Una vez en la clausura, Gattinara pasó por un proceso de conversión espiritual intensa, en particular a través de la lectura de Joaquín de Fiore y san Gregorio Magno. Entraba así en la mística y el profetismo. Tras enterarse de la muerte del rey Fernando, tuvo una visión mística que anunciaba a Carlos I como emperador y triunfo de la Cristiandad, sería Monarca Universal.

La importancia que esto tiene, por ejemplo, para considerar el caso de Guillermo Postel, podemos verla indicada cuando se habla de su expulsión en diciembre de 1545, ante el disgusto causado por su defensa de que “la Monarquía Universal estaría en manos del rey de Francia”; esto era, según se afirma, “todo lo contrario de lo que había oído en la corte del emperador, donde Gattinara defendía a Carlos como cabeza de esa Monarquía” (p. 250). La resonancia de estas cuestiones a lo largo de todo el libro es fundamental. Otro ejemplo: la posición de los jesuitas de España alrededor de 1552 (“En estas ciudades más hace cuando ven favor del rey que no por bulas del papa”) y la dificultad de ganarse a Carlos V con la oposición ejercida por el cardenal Granvela. El relato acerca del matrimonio de la hija del emperador, doña Margarita de Austria, a partir de la p. 307, nos muestra a un personaje fundamental para el buen y esforzado establecimiento de la Compañía unido a las dotes de Ignacio para interceder en este complicado caso matrimonial, ir situándose bien en Roma y ocupar una posición, como director espiritual, en la que previamente habría estado Juan de Valdés.

Otro dato fundamental lo ofrecería la situación de abandono de muchas de las personas en las que él había confiado y a las que había ido sirviendo, la sensación del rápido cambio de alianzas y la convicción de tener que moverse, defenderse y –como remarca el autor– mediar en este tipo de entornos. Según se nos muestra, tras la descripción más o menos minuciosa de esos procesos, “la particularidad de Íñigo, que nació tras caer humillado el ideal caballeresco –en Loyola, no en Pamplona–, reside en su aspecto moderno y surge como consecuencia de pasiones desatadas por acciones de la vida política: la traición, la deshonra, el abandono de su valedor Velázquez, la postergación de su señor el duque de Nájera, la falta de una idea clara sobre el futuro, la impresión de estar perdido física y anímicamente en un camino tenebroso” (p. 103). En este recorrido que sitúa a Íñigo de Loyola, como se expresa en su título, entre lo medieval y lo moderno, no son, tal vez, tan importantes estos dos conceptos, que quedarían bastante vacíos sin una teorización que no se puede desarrollar aquí, como la situación complicada por algunos de los procesos mencionados, por el papel de las novelas de caballería y el cumplimiento de sus leyes –que no deberíamos desestimar, según se nos dice (véase, por ej., el suceso ocurrido con el morisco negador de la virginidad de María durante el parto, en la p. 116)–, difíciles de recoger en una fuerte contraposición como la presentada en el título.

No cabe tampoco desdeñar el papel que las enfermedades tendrían en esta biografía, desde la ocena y las soluciones más o menos drásticas que requería, pasando por la herida recibida en Pamplona y su lenta solución, hasta sus numerosas épocas de postración y las dificultades para seguir adelante con sus tareas en la Compañía durante los últimos años. Según se llega a afirmar en el epílogo, contando con estas enfermedades, la soledad, su difícilísima relación con el ya entonces Papa Pablo IV, los siempre preocupantes problemas pecuniarios de la Compañía... “dan pena” (p. 448).

El autor presta especial atención a dos cuestiones, en las cuales sería especialmente importante incidir, ya que irían contra los focos de la imagen de Ignacio que se ha ido sedimentando en las diferentes biografías: la conversión de Íñigo de Loyola durante su curación tras la herida recibida en Pamplona y su papel como el único fundador de la Compañía. Él nunca habría hablado ni parece que se hubiera considerado como fundador de la misma, pues habría sido algo realizado en grupo (y, en cierto modo, a lo largo de muchos años) y tampoco consideró que hubiera tenido una conversión que pudiera formularse en esos términos: “en ningún escrito de Ignacio, ni en la *Autobiografía*, hay mención alguna de una posible conversión. Habla de mudanza, de cambio de vida, de tomar otro rumbo” (p. 101). Estas dos cuestiones, aun a falta de una mayor profundización en la relación que en esa mudanza habría para ir dando lugar a la figura del soldado de Cristo, hacen necesario plantear el problema

de una manera muy diferente a aquella que vería, por un lado, la introducción desde no se sabe muy bien dónde de un cambio radical durante su convalecencia, constituyendo un hecho providencial, y, además, una orientación general de su vida marcada por el destino de ser el fundador de la Compañía.

En esta biografía se nos muestran con fuentes y aparato crítico los rumbos que Íñigo y después, para muchos, Ignacio de Loyola, habría ido tomando, ligados a situaciones especialmente convulsas que no pueden sino ser tratadas como tales, pintándonos a su personaje en una fuerte confusión de tendencias y situaciones, incluyendo en ellos como una parte, ciertamente importante pero sin que deje por ello de ser parte, la forja de un modelo o ejemplo para otros hombres, la imagen límpida (o su contrapartida como leyenda negra) de un paladín de la Contrarreforma o la idea de que la fundación de la Compañía no era obra humana, sino de la *divina providencia* (ver p. 385).

Miguel Bernard Calavia

A propósito de M. HERRERO, *Ficciones Políticas: El Eco de Thomas Hobbes en el ocaso de la modernidad*, Katz, Buenos Aires, 2012, 187 pp.

Este libro de Montserrat Herrero pretende reflexionar sobre la herencia política de Thomas Hobbes en nuestros días. ¿Y por qué investigar sobre el eco de Hobbes en el presente? La pregunta pretende iniciar la investigación que nos haría, de acuerdo con la autora, más conscientes de nuestra situación ante las «garras» de Leviatán, la máquina de producción de paz en la vida civil, así como profundizar sobre el significado e identificación de la antropología materialista propuesta por Hobbes y el hombre de la filosofía contemporánea y, con eso, comprender el fenómeno político actual.

Considera la autora que, aunque Hobbes haya indicado que Leviatán es mortal y haya habido muchos cambios y adaptaciones, el Estado moderno se mantiene vivo y actuante, y «se muestra hoy con un rostro menos feroz que aquel diseñado por Hobbes, aunque no menos dañino» (p. 8).

La primera parte del trabajo titulada «Cuerpos naturales y cuerpos artificiales» ya deja claro que la actualidad de Hobbes en la filosofía contemporánea se refiere a los argumentos teóricos que desarrolló para la legitimación del Estado absoluto —la creación de un Dios mortal por el arte del hombre. No es la legitimación divina, ni la histórica, sino una nueva legitimación política basada en el científico —el movimiento de los cuerpos y su voluntad de autonomía. Esto da la seguridad y garantiza la obediencia al poder del soberano. En este punto, como reconoce la autora, esa pretensión autofundacional permanece